

3. Las políticas de personal orientadas a evitar los compromisos con la mano de obra por medio de la temporalidad y la inestabilidad del empleo.

JOSÉ ERNESTO RAMÍREZ

1. Entendido como "toda acción deliberada y planificada que busca crear, cambiar, fortalecer o integrar la cultura de una organización" (cita pág. 20).
2. Eduardo Ocampo Ferrer, *Innovación y cultura de las organizaciones en tres regiones de Colombia*, Fernando Urrea Giraldo, Luz Gabriela Arango Gaviria, Carlos Dávila Ladrón de Guevara, Carlos Alberto Mejía Sanabria, Jairo Parada Corrales, Campo Elías Bernal Poveda, Colciencias-Corporación Calidad, 308 págs., en *Innovar: revista de ciencias administrativas y sociales*, Bogotá, núm. 16, julio-diciembre de 2000, págs. 215-217.
3. Edgar Valero, Fernando Urrea, Luz Gabriela Arango, Carlos Dávila, Carlos Mejía, Jairo Parada, Campo Bernal, "Innovación y cultura de las organizaciones en tres regiones de Colombia", Colciencias-Corporación Calidad, 2000, 308 págs., en *Revista Colombiana de Sociología*, Bogotá, vol. V, núm. 2, 2000, págs. 73-78.

El cementerio como metáfora

El Cementerio Central.

Bogotá, la vida urbana y la muerte

Óscar Iván Calvo Isaza

Tercer Mundo Editores, Observatorio de Cultura Urbana, Bogotá, 1998, 154 págs., il.

El tema de la muerte comienza a ser investigado en nuestro medio desde distintas perspectivas teóricas y metodológicas. Y no podía ser de otra forma, si tenemos en cuenta que la vida colombiana —institucional, cotidiana, familiar, escolar, política, etc.— está atravesada por la muerte, sobre todo por la muerte violenta. Es posible decir, desde luego, que la muerte es una expresión normal, natural, de cualquier sociedad, pero lo que es diferente, debido a sus par-

ticuliaridades históricas y culturales, es la percepción que una determinada sociedad tiene sobre la muerte. Pues bien, a partir de este elemental presupuesto es lógico suponer que la muerte sea un tema de interés en un medio como el colombiano, en donde la muerte se ha hecho tan normal que sus cada día más aterradoras expresiones no parecen impactarnos.

El joven historiador Óscar Iván Calvo asume el estudio de un tema relacionado con la muerte, como lo es el del Cementerio Central. Sobre tal tema, perfectamente localizado en el espacio, de carácter microscópico, este investigador efectúa un detallado estudio en el que se rastrean distintos aspectos históricos y sociológicos.



En una primera parte se ocupa de la ubicación y forma del cementerio. Aquí realiza un rastreo histórico desde los orígenes del cementerio, a fines de la colonia, resaltando la importancia del cementerio en los tiempos posindependentistas. Desarrolla la sugestiva tesis de que el cementerio ocupa un lugar central en la conformación del mito fundador de la república, considerando el papel que los monumentos desempeñan en la construcción de la "nación imaginada", para usar la expresión de Benedict Anderson en su *Comunidades imaginadas*, un libro que, entre paréntesis, el autor no parece conocer pero al que se aproxima en su análisis sobre la función legitimadora de los monumentos en los inicios de una nación. Y el cementerio es importante en la constitución de ese mito fundador, en la medida en que pretende "simbolizar y contener los símbolos de identidad", tanto de la ciudad como de la sociedad, condensando "la memoria en los monumentos de las más prestantes fa-

milias criollas, sus héroes y sus guerras. Identidad que remite a una génesis imaginada en que reposa la estructura de la sociedad" (pág. 15).



Ahora bien: en el cementerio no sólo reposan los héroes fundadores, sino que todos los días se depositan cadáveres, y esos cadáveres han tenido en vida diversas posiciones sociales; es decir, corresponden a una sociedad escindida en diversos y antagónicos intereses sociales, económicos y políticos. Esta diferenciación se va a expresar en los monumentos, pues los mismos reflejan una desigual e injusta distribución en la apropiación del espacio y de la historia. Esta idea es desarrollada en una forma muy convincente por Óscar Iván Calvo, al constatar con diversos procedimientos que en el interior del cementerio se presenta una desigual conservación y cuidado de sus monumentos. Si se hace referencia al siglo XIX, se nota a primera vista la ausencia de huellas de los sectores populares, como si éstos no hubieran pasado por el cementerio, pues el dominio abrumador de la presencia de los sectores de la elite dominante es palpable. Éstos últimos, por el poder económico de sus familias y legatarios, son depositados en mausoleos pomposos, contruidos con materiales duraderos y sólidos. Además, se privilegia la ostentación o para los hombres distinguidos o para los hombres que han "servido a la patria"; es decir, los políticos y estadistas. En otras palabras, en los monumentos también se puede apreciar

Colección de fotografías Gregorio Hernández de Alba



Familia wayú, s. f.



Estampa guajira, s. f.

BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO



Antonio J. López, autor de *Las pampas guajiras*, 1935.



Gregorio Hernández de Alba, Bogotá, s. f.



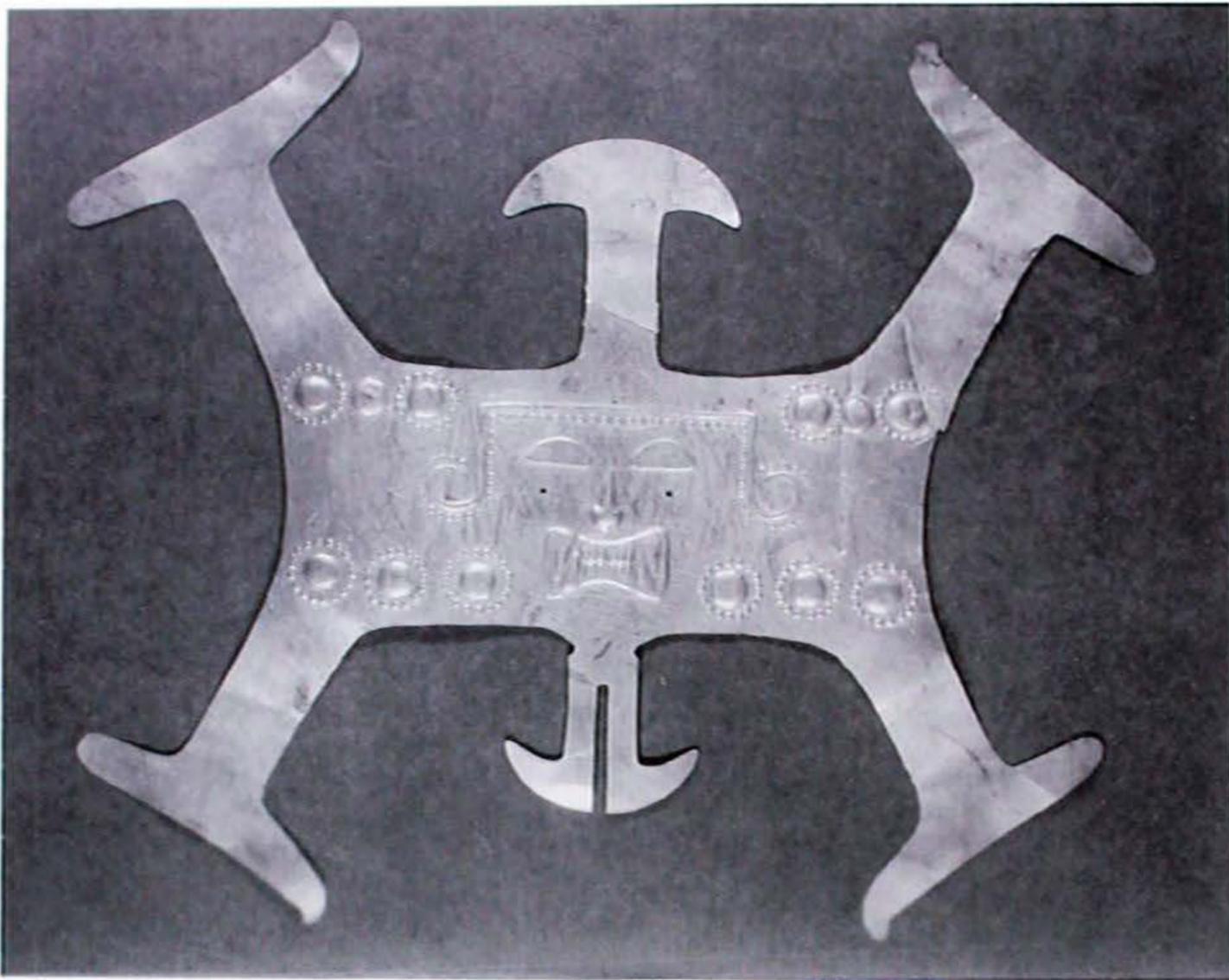
Bazar en San Agustín, s. f.



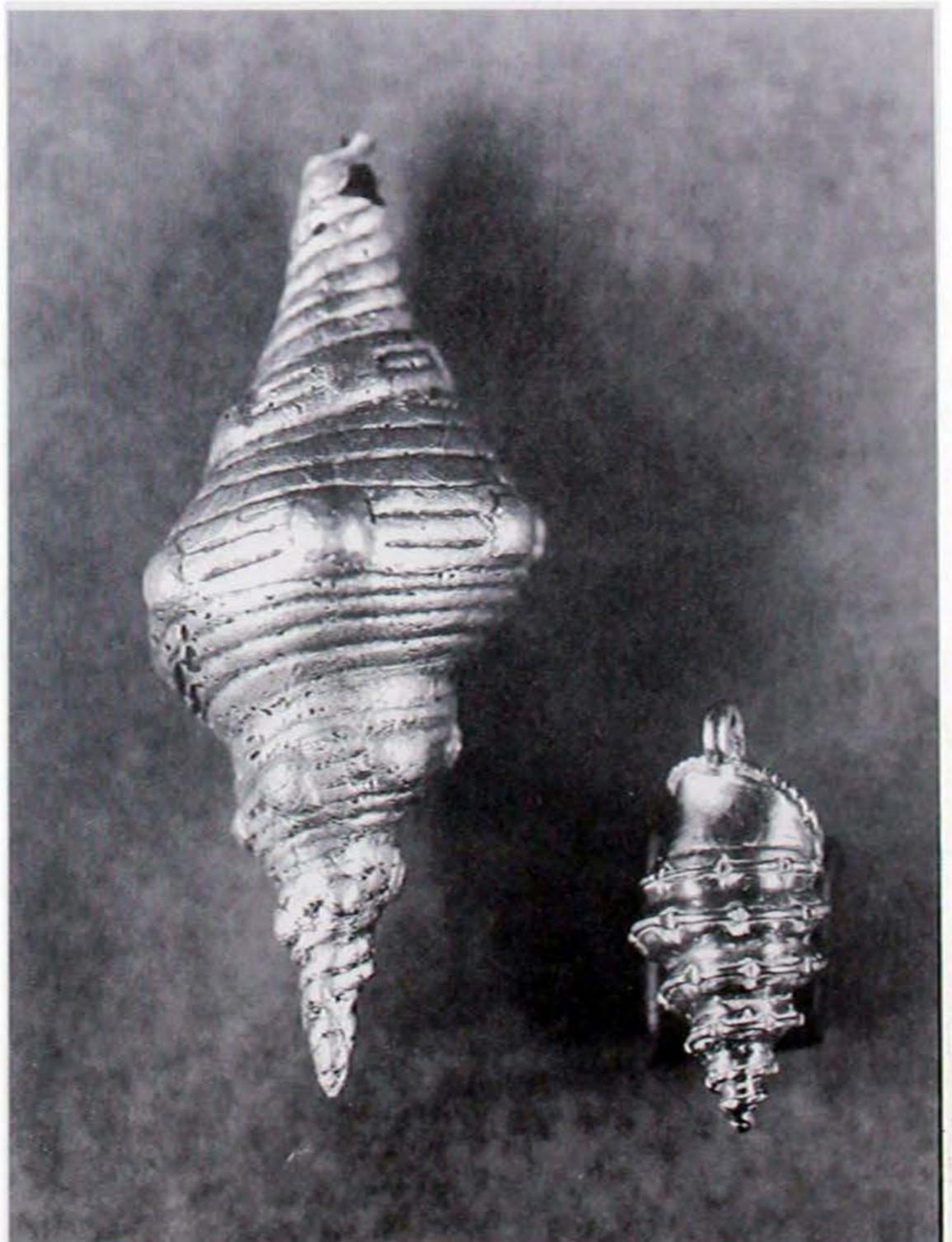
Plaza de Villa de Leyva, Boyacá, s. f.

Pareja de Pueblito Guambia, 1953.





Diadema martillada en oro fino, procedente de San Agustín; representa un jaguar según una perspectiva no occidental. Hoy en la colección del Museo del Oro del Banco de la República, O00112. 30,5 x 35 cm.



Objeto de ofrenda muisca con la forma de un caracol marino, con la característica técnica de enrollar hilos de cera y fundir por el método de la cera perdida. Hoy en la colección del Museo del Oro del Banco de la República, O00103. 9,7 x 4,4 cm.

una lucha tanto simbólica como material entre los distintos grupos sociales. Precisamente, por esta razón se explica que sólo hasta la década de 1920 fueran dispuestos terrenos para los sectores obreros y populares, lo que también puede considerarse como una expresión de las luchas sociales de ese período, que mediante sus acciones lograron “penetrar” en los terrenos casi vedados del Cementerio Central, aunque eso implicara superar cantidad de escollos. Al respecto, el autor nos recuerda cómo Gaitán logró que el concejo de Bogotá aprobara en 1929 la construcción de un monumento en homenaje a los obreros asesinados en las Bananeras. Esta decisión fue objetada por el gobernador de Cundinamarca, quien argumentó que “el Consejo solamente podía tomar decisiones que sirvieran al bien público” (pág. 24). Como quien dice: los obreros y sectores humildes no se consideran parte de la nación, pues sus acciones no sirven al bien público.

Las mismas desigualdades se aprecian en lo relativo a los ritos funerarios. Se destaca en este sentido la instauración del discurso fúnebre como una de las formas predilectas de la conmemoración de los héroes, desde los tiempos del general Santander. Pero en este terreno también se presenta una lucha simbólica, pues cuando los sectores populares penetran al cementerio se pretende negar su presencia activa o se impide que allí sean enterrados algunos de sus mártires —como sucedió con Gaitán, caso que está muy bien descrito en este libro—. Y, de la misma manera, la militarización del cementerio en momentos en que se realizan las exequias fúnebres de líderes populares traduce el miedo del régimen y de las elites frente a las movilizaciones populares.

En el último párrafo de esta parte, se hacen unas interesantes consideraciones sobre las razones que explican la transformación del cementerio después de 1950. Esto se encuentra asociado al crecimiento de la ciudad, al desplazamiento de los barrios de las elites a sectores

cada vez más distantes de la ciudad y también al crecimiento de los sectores populares y de sus espacios de sociabilidad. En ese momento el Cementerio Central sufre una notable transformación, que se expresa en su abandono por parte de la elite, en su deterioro arquitectónico y en su popularización, o sea en el crecimiento del cementerio popular en desmedro relativo del cementerio de los sectores dominantes, o en el hecho de que las elites hayan decidido enterrar sus muertos en parques cementerios y jardines distantes del centro de la ciudad. Esta parte del análisis es bastante llamativa, ya que el autor no cae en la tentación, propia de cierta tendencia de la historia de las mentalidades, de desconectar lo mental y lo simbólico del mundo material y social. Bien al contrario, enfatiza esa estrecha relación entre lo simbólico y lo material, precisando que las transformaciones de la ciudad, de la sociedad que allí “habita”, suponen cambios no sólo en las percepciones y rituales sobre la muerte sino también segregación espacial de los lugares destinados a depositar a los muertos, por lo que es legítimo señalar que las transformaciones en la sociedad trasladan los “cadáveres ilustres” a los extramuros, como una expresión más de lo que pasa en el mundo de los vivos, donde las elites dominantes tienden a distanciarse y alejarse más de las antiguas zonas centrales o residenciales, ahora abandonadas a los sectores populares.

La segunda parte se ocupa en estudiar, precisamente, las transformaciones experimentadas por el Cementerio Central tras su “apropiación” por los sectores populares en los últimos decenios del siglo XX, lo que modificó la dinámica que había caracterizado al cementerio desde el siglo XIX. El autor estudia con bastante cuidado las características del cementerio popular, los rituales funerarios, la función de los migrantes y peregrinos que deambulan por el cementerio, la hibridación religiosa, etc. El autor sustenta en forma convincente la tesis de que la historia reciente del Cementerio Central está deter-

minada por la resignificación de los sectores populares, que son sus principales protagonistas de los últimos años, lo que también expresa nuevos conflictos sociales y simbólicos (pág. 80).



En esta misma parte del trabajo describe y analiza con detalle algunos de los rituales que se desarrollan en el Cementerio Central, tales como el culto a ciertos personajes, el “arte” de hacer maleficios o de pedir milagros, la presencia activa de “curas populares”, la función que desempeñan los diversos lugares del cementerio. Se describe la manera como transcurre un día “típico” en el Cementerio Central, y la manera como a partir de esa cotidianidad de la muerte actúan todos aquellos que directa o indirectamente están ligados al “mercado” y al “consumo” de la muerte.

Para elaborar el libro, su autor recurrió a una diversidad de fuentes teóricas y primarias, así como a testimonios orales de personas cuya vida y trabajo discurre en torno al cementerio. Aunque el trabajo está teórica y empíricamente bien elaborado, se aprecian dos imprecisiones cronológicas: una, la fecha del entierro de Pardo Leal, que fue en 1987 y no en 1988, como dice el autor (pág. 29), la otra, la fecha de la muerte de Pablo Escobar, que fue en diciembre de 1993 y no en 1994 (pág. 70). Aparte de estas imprecisiones, el ensayo es muy riguroso y coherente y presenta múltiples fotografías que complementan en forma adecuada el texto.

Es de esperar que a partir de trabajos como el aquí comentado, se desarrollen en el futuro inmediato

investigaciones similares que, a través del estudio de la muerte, nos ayuden a clarificar la manera como funciona una sociedad, porque en este aspecto el libro de Óscar Iván Calvo ha dado un paso importante.

RENÁN VEGA CANTOR

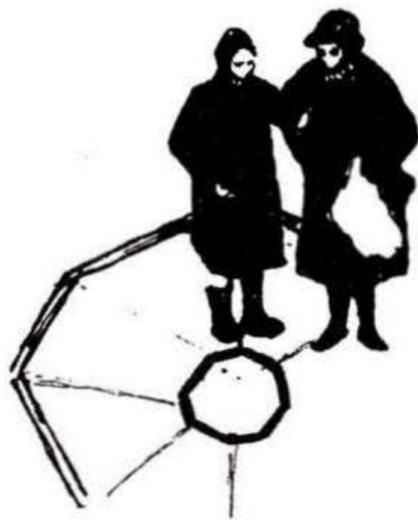
Determinismo económico en la actividad científica

Políticas públicas y universidad. Estudio sobre las políticas públicas para la capacidad científica de la educación superior colombiana

Miryam Henao W.

Iepri-Universidad Nacional, Bogotá, 1999, 282 págs.

Antes de entrar a analizar los aciertos de una obra tan técnica como la presente, me llama la atención el hecho de que la autora dé por sentado el "valor social de la ciencia", en el sentido de creer que la ciencia tiene una justificación (social) en sí misma e independientemente de cualquier aplicación que el hombre pueda hacer de la misma: me refiero, por ejemplo, a los usos no pacíficos de la energía atómica.



La actividad científica es por definición una "actividad racional", en el sentido de adecuar unos medios a un fin: dado el fin, que es la búsqueda

de conocimiento, el mayor problema consiste en encontrar el medio más adecuado para tal fin. Y, por otra parte, como el medio social e institucionalizado más adecuado para alcanzar cualquier clase de fin (incluyendo fines culturales) es el dinero, entonces concluimos que sin recursos económicos no sólo no se puede adelantar actividad científica sino cualquier otra clase de "acción social". Tal parece ser el paradigma fundamental que emplea aquí la autora. El cual, a su vez, es inobjetable, dado el carácter "capitalista" de la sociedad en que vivimos.

Y si a este esquema economicista le agregamos un elemento más sociológico, como es la intervención del Estado, con su gran poder para movilizar grandes recursos económicos, provenientes de fuentes sociales (impuestos), entonces tendremos una visión más completa del punto de vista de la autora.

Este esquema de análisis de lo social que combina elementos económicos, políticos e institucionales, también se encuentra en obras anteriores de la autora (véase "Organización institucional de la ciencia y la tecnología en Colombia", en *Estructura científica, desarrollo tecnológico y entorno social*, Misión de Ciencia y Tecnología, vol. 2, t. I, U.N., 1990).

No creemos haber agotado así la perspectiva teórica de la investigadora Miryam Henao, pero sin duda su enfoque gira básicamente alrededor de estas dos variables: primero, que no se puede hacer investigación científica a gran escala sin contar con recursos económicos suficientes para financiar tal actividad, e interpretando la asignación de tales recursos como aprobación social de la ciencia; y segundo, que el Estado es la organización con más "competencia" para asignar legalmente estos recursos a las comunidades científicas. Las "políticas públicas" y/o gubernamentales no son otra cosa que normas o leyes que rigen esta estructura burocrática en relación con la ciencia y la educación superior del país.

Tal normatividad jurídica da lugar a tres períodos en el desarrollo

de la reglamentación sobre educación superior: primero, el de anomia, identificado con el decreto 0277 de 1958; luego, el de heteromía, relacionado con el decreto-ley 80 de 1980, y finalmente, el de autonomía, con la expedición de la ley 30 de 1992. El sentido progresivo o evolutivo de tal periodización es evidente.



Específicamente en relación con la educación superior, este estudio encuentra que no hay una clara "institucionalización de la ciencia en Colombia", porque es relativamente escaso el apoyo que se presta a la investigación en el medio universitario, comparado con otros países del área, que parecen destinar más recursos a la ciencia y a la tecnología.

En nuestra historia republicana encontramos que en la segunda mitad del siglo pasado hay una marcada "orientación profesional de la educación superior", la cual se juzga como un "resultado de la adaptación del modelo francés" (pág. 67). Allí predominaba el "ideal de lo práctico" (Safford). Las clases dirigentes de este país, las más educadas, actuaban a través del Estado y sus organizaciones políticas, sugiriendo a Francia como el modelo de educación superior que se debía seguir, tal como lo hacen hoy respecto a las instituciones estadounidenses. El valor que está aquí presente es el de la "modernización" de nuestros centros de enseñanza superior.

El análisis de Franco (1978) encuentra que "la introducción de estudios generales se propuso comba-